

5. Desarrollo socioafectivo en la primera infancia

María José Ortiz, María Jesús Fuentes y Félix López

Se analizan en este capítulo los orígenes de la vida social y emocional, las diferencias individuales en los diversos procesos socioafectivos y los factores individuales y contextuales que explican tales diferencias. Un tema central, por lo tanto, será el desarrollo de la vinculación afectiva del niño con los cuidadores principales y el análisis de los variados factores que intervienen en el establecimiento de un lazo afectivo seguro o inseguro. El desarrollo de los diversos aspectos de la vida emocional y el modo en que factores temperamentales y relacionales marcan diferencias en todos estos campos será objeto de una revisión general. Finalmente, se analizan las primeras relaciones con los iguales y el papel de los padres y educadores en la adquisición y desarrollo temprano de la competencia social infantil.

1. El apego

1.1 Qué es el apego y cuáles son sus funciones

Tal como se ha visto en el capítulo 3, cuando nacen, los niños están muy indefensos y necesitados de la ayuda de los demás, pero están bien dotados perceptivamente, tienen una gran capacidad de aprender y están preprogramados para interesarse por los estímulos sociales y acabar vinculándose a algunas personas. El vínculo emocional más importante, al menos en la primera infancia, es el apego, el vínculo afectivo que el niño establece con una

o varias personas del sistema familiar. Aunque este vínculo forma un todo, pueden distinguirse en él tres componentes básicos: conductas de apego (de proximidad e interacción privilegiada con esas personas, por ejemplo), representación mental (los niños construyen una idea de cómo son dichas personas, qué pueden esperar de ellas, etc.) y sentimientos (de bienestar con su presencia o ansiedad por su ausencia, por ejemplo).

El apego tiene una función adaptativa para el niño, para los padres, para el sistema familiar y, en último término, para la especie. Desde el punto de vista objetivo, su sentido último es favorecer la supervivencia, manteniendo próximos y en contacto a las crías y a los progenitores (o quienes hagan su función), que son los que protegen y ofrecen los cuidados durante la infancia. Desde el punto de vista subjetivo, la función del apego es proporcionar seguridad emocional; el sujeto quiere a las figuras de apego porque con ellas se siente seguro: aceptado incondicionalmente, protegido y con los recursos emocionales y sociales necesarios para su bienestar. La ausencia o pérdida de las figuras de apego es percibida como amenazante, como pérdida irreparable, como situación de desprotección y desamparo, como situación de riesgo. Para cumplir estas funciones básicas (supervivencia y seguridad emocional), el vínculo de apego tiene cuatro manifestaciones fundamentales: a) buscar y mantener la proximidad, b) resistirse a la separación y protestar si ésta se consuma, c) usar la figura de apego como base de seguridad desde la que se explora el mundo físico y social, y d) sentirse seguro buscando en la figura de apego el bienestar y el apoyo emocional (Feeney y Noller, 1996).

Tal vez lo más importante es comprender que los miembros de la especie humana somos mamíferos muy sociales que, para sobrevivir y desarrollarnos adecuadamente, dependemos del establecimiento de relaciones adecuadas con los demás. Éstas suponen vínculos afectivos y sociales como el apego y la amistad. El apego juega un rol muy importante a lo largo de todo el ciclo vital y, desde los 3 ó 4 años hasta la adolescencia, la red de amistades va adquiriendo una importancia creciente. Por ello, establecer adecuados vínculos de apego con personas adultas que nos cuiden y eduquen, así como vínculos de amistad con iguales con los que compartamos experiencias y juegos, es fundamental para el desarrollo.

1.2 El apego durante los primeros años de vida: un sistema de interacción con otros

Para entender el desarrollo del apego en los primeros años conviene tener en cuenta cuatro sistemas relacionales, dos de los cuales están presentes desde el momento del nacimiento (el sistema exploratorio y el afiliativo), mientras que los otros dos hacen su aparición a partir de los 6 meses (sistemas de apego y de miedo o cautela ante extraños). El Cuadro 5.1 recoge el contenido y significado de cada uno de estos importantes sistemas relacionales.

Cuadro 5.1 Sistemas relacionales en el primer año de vida

Sistemas relacionales presentes desde el nacimiento

- *Sistema exploratorio* o tendencia a interesarse por el mundo físico y social y a conocerlo. Al estar presente desde el nacimiento, los bebés actúan en sus primeros meses sin ningún miedo o temor: tocan, chupan y examinan todo lo que está a su alcance; a la vez, están en estado de alerta ante todo lo nuevo que puedan ver, oír, oler, etc. Son, en definitiva, verdaderos exploradores del mundo, para ellos enteramente nuevo.
- *Sistema afiliativo* o tendencia a interesarse por las personas y establecer relaciones amigables con ellas. Presente desde el nacimiento, se mantiene activo durante toda la vida. En los primeros meses, el niño no manifiesta preferencia por unas personas u otras y tampoco le producen ningún temor las personas desconocidas. Por ello, en los primeros meses son los adultos los que deben cuidar totalmente de los niños, teniéndolos en sitios seguros y evitando que se acerquen a ellos personas o animales peligrosos.

Sistemas relacionales que aparecen hacia la primera mitad del primer año de vida

- *Vínculo de apego* con una o varias personas con las que el bebé procura mantener la proximidad y una interacción privilegiada. Es el sistema relacional básico, que una vez formado va a regular en buena medida los demás y, sobre todo, va a determinar el tipo de relación que el niño establecerá con las personas y, hasta cierto punto, con las cosas y las situaciones.
- *Miedo ante los desconocidos* o tendencia a relacionarse con cautela o incluso a rechazar a las personas desconocidas. El que los niños acaben o no dando una respuesta de miedo depende fundamentalmente de la «evaluación» que ellos mismos hacen en función de factores tales como el grado de control que tienen de la relación con el desconocido, la intrusividad del desconocido, la presencia o ausencia de la figura de apego, etc. Este sistema permite al niño identificar peligros potenciales para así pedir ayuda.

Una vez establecidos los cuatro sistemas descritos en el Cuadro 5.1, el vínculo de apego regula en buena medida la exploración y las relaciones de afiliación o miedo con las personas. La presencia de las figuras de apego o la adquisición de un estilo de apego seguro, como veremos, predice relaciones más confiadas y eficaces con el mundo social y físico. Por otra parte, como veremos más adelante, los niños acaban teniendo un estilo de apego que es toda una forma de estar en el mundo y relacionarse con las personas, especialmente en las relaciones que requieren intimidad.

La evolución del apego sigue una secuencia típica en la que caben destacar cuatro fases fundamentales: la primera ocupa el primer trimestre de vida, la segunda ocupa el segundo, la tercera se da típicamente durante el segundo semestre y la cuarta ocurre a partir del primer año. Veamos con detalle el contenido de cada una de estas etapas.

Cuando el niño nace, manifiesta *preferencia por los miembros de la propia especie* sin establecer diferencias entre quienes interactúan con él. Como se vio en el capítulo 3, los niños ponen de manifiesto claras preferencias por los estímulos sociales (rostro humano, voz humana, temperatura humana, etc.) y pronto establecen asociaciones entre ellos. Pero se trata del reconocimiento de la recurrencia de algún elemento del estímulo (postura que se adopta para mamar, rasgos del rostro de la madre, etc.) o de la mera asociación entre ellos, sin que el niño tenga un reconocimiento global de la persona. Durante este período, la actividad del niño está fundamentalmente regulada por ritmos biológicos a los que se adaptan los adultos. La mayor parte de los autores alargan esta fase *hasta el tercer mes* de vida del niño.

Poco a poco va apareciendo en el bebé una *preferencia por la interacción con los adultos que le cuidan normalmente*, pero sin rechazar a los desconocidos. Los niños discriminan con claridad entre unas personas y otras (no sólo algunos rasgos aislados) y manifiestan clara preferencia por interactuar con los que normalmente les cuidan. Esta habilidad para reconocer perceptivamente a las figuras de apego y diferenciar entre propios y extraños, expresada claramente en conductas, la adquieren *entre los 3 y los 5 meses*. La interacción se hace más flexible (menos dependiente de ritmos biológicos y respuestas reflejas), extensa y adaptada a los ofrecimientos y respuestas del adulto en la interacción cara a cara. En este período, sin embargo, el niño no rechaza aún los cuidados que le ofrecen los desconocidos.

El siguiente paso es la formación de los sistemas relacionales de *apego y de miedo a extraños*. En la *segunda mitad del primer año* de vida, los bebés manifiestan una clara preferencia por las figuras de apego, a la vez que rechazan a los desconocidos. Las figuras de apego no sólo son reconocidas, sino que pueden ser evocadas gracias a las capacidades de representación, permanencia de la persona y memoria. La separación provoca reacciones de protesta y ansiedad, y el reencuentro produce alegría y sosiego. El sistema de apego está claramente formado: las conductas para procurar o mantener la proximidad de las figuras de apego, la reacción ante las separaciones breves, el sufrimiento por la pérdida de estas figuras y el rechazo o desconfianza ante los desconocidos y el uso de la figura de apego como base desde la que se explora el mundo físico y social, no dejan lugar a dudas.

A partir del *primer año de vida*, una vez establecido el vínculo del apego, el niño va conquistando *cierto grado de independencia* de las figuras de apego gracias a sus nuevas capacidades de locomoción, verbales e intelectuales. Este proceso es siempre conflictivo, pues exige readaptaciones continuas con ganancias y pérdidas de ciertos privilegios, por lo que va acompañado de deseos ambivalentes de avanzar y retroceder. Sin duda, se producen cambios lentos pero continuos: las nuevas capacidades mentales y la propia experiencia del retorno de las figuras de apego permiten al niño aceptar mejor las separaciones breves; el contacto físico no necesita ser tan estrecho y continuo; la conducta exploratoria no necesita tanto de la pre-

sencia física de las figuras de apego. Pero en los momentos de aflicción (enfermedad, por ejemplo) o de separaciones que se pueden percibir como amenazantes (hospitalizaciones, ingreso en la escuela infantil, etc.) se activan sobremanera las conductas de apego, reaccionando de forma similar a como se hacía en los primeros años de vida. Los conflictos afectivos más importantes durante este período son los producidos por las situaciones de separación, el deseo de participar en la intimidad de los padres y las rivalidades fraternas. Los niños desean participar en la intimidad de los padres que les es prohibida: dormir con ellos, interponerse cuando se acarician, etc. Descubren que hay determinadas situaciones, que no acaban de entender, en las que no pueden estar y de las que son excluidos.

Si durante este período nace un nuevo hermano, los niños pueden sentirse desplazados en las atenciones, mientras asisten perplejos al cuidado continuo que sus padres le ofrecen al recién nacido. Esta situación suele provocar rivalidad y regresiones en la conducta. Demostrarles incondicionalidad y disponibilidad para seguir atendiéndoles en todo lo que necesiten es la mejor forma de ayudarles a superar los celos.

Las separaciones breves, en las hospitalizaciones, ingresos en la escuela infantil, viajes de los padres, etc., no son fácilmente entendidas a esta edad porque niños y niñas requieren de la presencia, disponibilidad y accesibilidad de las figuras de apego y tienen muchas dificultades para entender el sentido de las separaciones, comprender que quien se ha ido volverá en un tiempo determinado, etc. Mantener la disponibilidad y accesibilidad de las figuras de apego en las separaciones (demostrándoles que, si están afligidos, acudirán pronto) es muy importante durante todo este período.

El conjunto de experiencias de apego de la primera infancia da lugar a la formación de un *modelo interno de relaciones afectivas*, que es una representación de las características de la relación establecida con las figuras de apego. Se trata de una representación de naturaleza no consciente que tiende a ser bastante estable a partir del primer año, aunque puede verse afectada y modificada por experiencias posteriores. La función de este modelo es servir de base para las relaciones afectivas posteriores, guiando la interpretación de las conductas de otros y la forma de organizar la propia conducta con ellos.

1.3 Diferencias individuales en la seguridad del apego

1.3.1 Tipos de apego

Uno de los desarrollos más importantes de la teoría del apego ha sido el análisis de los diferentes patrones o estilos de apego y el origen de tales diferencias. Ainsworth, Blehar, Waters y Wall (1978) desarrollaron un procedimiento breve y sistemático denominado «la situación extraña» («situación del extraño», según otra traducción) y destinado a evaluar la seguridad del

Cuadro 5.2 Descripción de los ocho episodios utilizados para valorar los estilos de apego

Episodio	Participantes	Duración	Descripción del episodio
1	Madre, niño y observador	30 segundos	El observador introduce a la madre y al niño en la sala (amueblada con dos sillas y juguetes por el suelo) y sale.
2	Madre y niño	3 minutos	El niño y la madre permanecen en la sala. La madre, sentada en la silla, responde a las señales del niño, pero no inicia interacciones. Si al cabo de dos minutos el niño permanece pasivo, le anima a jugar.
3	Madre, niño y desconocida	3 minutos	Una mujer desconocida entra en la sala, se sienta en la silla y durante el primer minuto permanece en silencio. Durante el segundo minuto conversa con la madre. En el tercer minuto se acerca al niño e inicia una interacción amistosa con él. Pasado el tercer minuto, mientras la extraña está hablando al niño, la madre sale discretamente.
4	Niño y desconocida	3 minutos o menos	Primer episodio de separación. La desconocida responde a las iniciativas y señales del niño e intenta consolarlo o distraerlo si muestra angustia. Si la angustia es intensa, puede reducirse la duración del episodio.
5	Madre y niño	3 minutos o más	Primer episodio de reunión. La madre entra en la sala y la desconocida sale. La madre responde a las señales del niño, intenta consolarlo si lo necesita y procura que vuelva a explorar. Al cabo de tres minutos, cuando el niño está tranquilo, se despide y abandona la sala.
6	Niño	3 minutos o menos	Segundo episodio de separación. Si la angustia es intensa, puede reducirse la duración del episodio.
7	Niño y desconocida	3 minutos o menos	Tercer episodio de separación. La desconocida entra en la sala, responde a las iniciativas y señales del niño e intenta consolarlo o distraerlo si muestra angustia. Si la angustia es intensa, puede reducirse la duración del episodio.
8	Madre y niño	3 minutos	Segundo episodio de reunión. La madre entra, saluda al niño y lo coge en brazos, mientras la desconocida abandona la sala. La madre responde a las señales del niño, intenta consolarlo si lo necesita y procura que vuelva a explorar.

vínculo en la primera infancia. Se trata de observar cómo organiza el niño su conducta en relación con la figura materna a lo largo de ocho episodios breves más o menos estresantes, descritos brevemente en el Cuadro 5.2. Si analizamos dichos episodios podemos detectar las tres principales fuentes de ansiedad: un entorno desconocido, la presencia de una persona extraña y la separación de la madre.

Basándose en criterios como la ansiedad por la separación de la figura de apego, la reacción en el reencuentro y la utilización de la figura de apego como base de exploración, Ainsworth y sus colaboradores identificaron tres grandes patrones de apego, a los que recientemente se ha añadido un cuarto patrón:

- el patrón más frecuente (que afecta al 65-70% de las muestras estudiadas por Ainsworth), definido como *apego seguro*, se caracteriza por una exploración activa en presencia de la figura de apego, ansiedad (no necesariamente intensa) en los episodios de separación, reencuentro con la madre caracterizado por búsqueda de contacto y proximidad, y facilidad para ser reconfortados por ella;
- el estilo de *apego ansioso-ambivalente* agrupa a un porcentaje menor de niños (10-15%), cuya conducta se caracteriza por una exploración mínima o nula en presencia de la madre, una reacción muy intensa de ansiedad por la separación, comportamientos ambivalentes en el reencuentro (búsqueda de proximidad combinada con oposición y cólera) y gran dificultad para ser consolados por la figura de apego;
- el tercer patrón, en el que se sitúa aproximadamente un 20% de los niños, es definido como *apego ansioso-avoidante* y se caracteriza por una escasa o nula ansiedad ante la separación, por la ausencia de una clara preferencia por la madre frente a los extraños y por la evitación de la misma en el reencuentro (alejándose de ella, pasando de largo o evitando el contacto visual);
- recientemente se ha descrito otro patrón, denominado *apego ansioso-desorganizado*, en el que se agrupan los niños que en esta situación se muestran desorientados; se aproximan a la figura de apego con evitación de la mirada, en el reencuentro pueden mostrar búsqueda de proximidad para, repentinamente, huir y evitar la interacción, manifestando movimientos incompletos o no dirigidos a ninguna meta y conductas estereotipadas. Cuando los datos de estudios previos en los que se había utilizado la clasificación clásica se han vuelto a analizar incluyendo este estilo, los porcentajes de niños que manifiestan este patrón oscilan entre el 10 y el 12 %.

1.3.2 Antecedentes de la seguridad del apego

Para la teoría del apego, el principal determinante de la seguridad del vínculo afectivo es la sensibilidad de la figura de apego, entendida como la dis-

posición a atender a las señales del niño, interpretarlas adecuadamente y responder a ellas rápida y apropiadamente, disposición estrechamente relacionada con la empatía. En general, la investigación sobre el tema avala esta propuesta, aunque también existen discrepancias. Un reciente metaanálisis realizado por De Wolff y Van Ijzendoorn (1997) con 66 estudios sobre los antecedentes parentales en la calidad del apego infantil, ha corroborado la importancia de la *sensibilidad materna*. Sin embargo, su influencia parece algo menor que la encontrada inicialmente, y otras dimensiones, como la *sincronía* y la *mutualidad* en la relación, muestran una capacidad predictiva similar. Ello nos lleva a pensar que la seguridad del apego no sólo depende de la sensibilidad materna entendida como un rasgo de personalidad, sino de la sensibilidad como patrón conductual en el contexto de la relación, o, si se quiere, del tipo de relación madre-hijo o padre-hijo que se establezca.

En los niños con apego seguro se constata un tipo de interacción madre-hijo recíproca, mutuamente reforzante, en la que la figura de apego es eficaz a la hora de regular la activación emocional del niño, interpretar sus señales, responder de modo contingente, sin intrusividad, y mantener intercambios de atención conjunta frecuentes, lo que se traduce por parte del niño en expresión de afecto positivo y mantenimiento de la interacción. En este tipo de historia interactiva el niño forma un modelo interno que le permite anticipar y confiar en la disponibilidad y la eficacia materna, así como en su propia capacidad para promover y controlar los intercambios socioafectivos. Estos niños disfrutaban de la interacción con la figura de apego, pero no necesitan un contacto continuo, pues la seguridad de la relación potencia la exploración confiada del entorno y la actividad independiente.

Las madres cuyos hijos son calificados como ansiosos-ambivalentes son afectuosas y se interesan por el niño, pero tienen dificultades para interpretar las señales de los bebés y para establecer sincronías interactivas con ellos, y son incoherentes —a veces reaccionan de manera muy positiva y otras se muestran insensibles. En este tipo de relación, el niño no desarrolla expectativas de protección, no sabe en qué medida cuenta con la figura de apego, lo que genera una ansiedad persistente sobre el debilitamiento o la pérdida de la relación, ansiedad que activa intensamente el sistema de apego e inhibe la exploración. A su vez, la rabia ante la frustración por la reiterada falta de disponibilidad materna es también intensa y persistente, y se integra en el modelo interno como una rabia anticipada que colorea la relación.

En cuanto a las madres de los niños evitativos, su estilo interactivo se caracteriza por la irresponsividad, la impaciencia y el rechazo. Estas personas son poco pacientes y tolerantes con las señales de necesidad de sus hijos, llegando incluso a bloquear su acceso y a impedir que se les acerquen. Con la evitación y la inhibición de las señales y conductas de apego, el niño previene el rechazo, la cólera o el mayor distanciamiento de la madre. Este tipo de apego se ha asociado también a un estilo de interacción materno ca-

racterizado por altos niveles de intrusividad, así como a una estimulación excesiva con escasa relación con el estado y las necesidades del niño.

Por último, trabajos recientes sobre el patrón de apego desorganizado en la infancia sugieren que se trata de un patrón frecuente en niños que han sido víctimas de episodios de negligencia y maltrato físico. En esta situación, el niño ha experimentado ciclos de protección y a la vez de rechazo y agresión, se siente vinculado a su figura de apego y a la vez la teme, lo que explica la combinación de aproximación/evitación. Este tipo de apego se ha encontrado también en niños cuyas figuras de apego no han resuelto el duelo por la muerte de un ser querido y expresan un grado de ansiedad que genera temor en el niño. En ambas condiciones, la base de seguridad es también una fuente de alarma e inquietud, lo que genera aproximaciones a la figura de apego interrumpidas por conductas desorganizadas.

Frente a esta hipótesis, que enfatiza la influencia de la relación entre el niño y la figura de apego, algunos autores han sostenido que los patrones observados en la situación extraña son manifestaciones de tipos temperamentales. Los niños de temperamento «difícil» serán más susceptibles de experimentar ansiedad en la situación extraña y más difíciles de consolar, por lo que tenderán a ser clasificados como ambivalentes; los niños fáciles, como seguros y los niños de reacción lenta, como evitativos. Puesto que suele aceptarse que el temperamento tiene una cierta determinación genética, podría pensarse que aceptar el papel del temperamento del niño en la dinámica de interacción madre-hijo llevaría a considerar una posible base genética en los tipos de apego; sin embargo, las cosas no parecen ser de esa manera, pues los estudios con gemelos idénticos han encontrado muy poca congruencia en sus estilos de apego y los trabajos comparativos han constatado que el tipo de interacción ejerce una influencia más poderosa que el temperamento (Belsky, Rovine y Taylor, 1984).

El hecho de que la seguridad del apego dependa del tipo de relación madre-hijo nos lleva a considerar aquellos factores que pueden incidir sobre esa relación, factores entre los que analizaremos las características del cuidador, las características individuales del bebé y los factores del contexto en que se produce la interacción.

Por lo que a las *características de la figura de apego* se refiere, el adulto que se relaciona con el bebé es una persona con una determinada historia afectiva, con una personalidad configurada y con determinadas expectativas y creencias sobre las capacidades y necesidades infantiles, sobre la crianza y la disciplina, etc. Cuando se ha analizado la influencia de los modelos internos de los cuidadores sobre la seguridad del apego de sus hijos se ha encontrado una considerable coincidencia. El apego seguro es muy frecuente entre los niños cuyas madres valoran positivamente sus relaciones de apego infantiles, recuerdan una gran aceptación por parte de sus padres, son conscientes tanto de las experiencias positivas como de las negativas de su infancia, no sienten rencor hacia sus padres ni los idealizan. Las

madres de los niños evitativos no valoran la importancia de sus relaciones de apego, muestran dificultades para recordar su infancia o, cuando la recuerdan, minimizan las experiencias negativas e idealizan a sus madres, pero tienen dificultades para referir episodios reales que sustenten esa imagen positiva. El apego ambivalente infantil se asocia con un modelo interno materno caracterizado por una gran preocupación por su infancia, descrita de manera incoherente y con gran conflicto emocional, y por sentimientos de cólera o rencor hacia sus padres (Main y Goldwyn, 1984; Van Ijzendoorn, 1992). En cuanto a la influencia de una historia de abandono o de maltrato, muchos padres que han sufrido malos tratos afrontan la maternidad-paternidad con el firme propósito de tratar adecuada y afectuosamente a sus hijos, pero, en ocasiones, su historia de rechazo y maltrato puede generar dificultades para empatizar con las emociones negativas de sus hijos, interpretándolas como rechazo, y pueden reaccionar bloqueando su afecto, y, a veces, maltratando a sus hijos. Sin embargo, sólo un 30% de los padres que han vivido una historia de malos tratos maltratan a sus hijos.

Dado que este tipo de información se obtiene de manera retrospectiva, es más que posible que en la representación de los padres de su propia historia de apego hayan influido otras experiencias afectivas posteriores y que el modelo interno actual sea una reconstrucción. En cualquier caso, sea una representación fiel del apego temprano o el producto de experiencias, reflexiones o reelaboraciones posteriores, lo verdaderamente importante es que esta representación de los padres influye decisivamente en el tipo de relación que establecen con sus hijos.

Los estudios sobre variables de personalidad de los cuidadores confirman que rasgos como la empatía, la estabilidad emocional, la capacidad para ponerse en el lugar del otro y la autoestima correlacionan significativamente con la seguridad del apego de sus hijos. En lo que concierne a la psicopatología, la investigación coincide en considerar la depresión materna como uno de los factores que más dificultades genera a la hora de establecer una interacción adecuada con el niño. En general, las madres depresivas son poco sensibles a las señales del bebé, las interpretan más negativamente y tienen dificultades para establecer sincronías interactivas.

Dada la asimetría que caracteriza a estas relaciones tempranas, el papel del niño no parece que sea equiparable al jugado por la figura de apego; sin embargo, es preciso analizar aquellas *características del bebé* que pueden incidir directa o indirectamente en la interacción. Si bien los tipos temperamentales no parecen permitir predicciones relevantes de los tipos de apego, no podemos negar su intervención. Efectivamente, es más costoso establecer una sincronía interactiva con un niño irritable o sobre el que al adulto le resulta difícil influir. Sin embargo, la mayoría de los niños de «riesgo» por un temperamento difícil establece vínculos seguros si la figura de apego es paciente y se adapta a las características del bebé (Belsky, Rovine y Taylor, 1984; Lieberman, Weston y Pawl, 1991).

En cuanto a los niños prematuros, menos atractivos, despiertos y manejables que los recién nacidos a término, los datos apuntan en la misma dirección. Es cierto que las características del niño prematuro pueden dificultar la interacción durante los primeros meses de la vida, pero la mayoría de los niños prematuros establecen vínculos seguros.

El temperamento y el ser prematuros son factores de riesgo cuya influencia en la seguridad del apego depende de su relación con otros factores de estrés (dificultades en la relación de pareja, falta de apoyo social, etc.) y de protección. En muestras clínicas de mayor gravedad (niños con fisura palatina, sordos, autistas, etc.), la capacidad predictora de las variables maternas sobre el apego infantil se reduce. Es posible que la sensibilidad potencial de las figuras de apego se vea seriamente afectada por el estrés o las dificultades que plantea el cuidado de estos niños.

La interacción madre-hijo no se da en vacío, sino enmarcada en un complejo *contexto social*. Comenzando por el marco familiar, el niño es afectado por la madre y por el padre y por la relación de pareja, a la vez que él incide en ambos y en la relación marital. Aunque las madres se implican mucho más en la crianza, muchos niños establecen vínculos seguros con sus padres cuando éstos les dedican tiempo y responden sensiblemente a sus señales y necesidades. El apego seguro con el padre y la madre se asocia con mayor sociabilidad y organización emocional. Cuando el grado de ajuste marital es elevado, los niños tienden a establecer apegos seguros con ambos progenitores (Goldberg y Easterbrooks, 1984). Por el contrario, las dificultades en la relación de pareja tienden a disminuir la sensibilidad y las actitudes positivas hacia el niño y hacia la crianza. Ahora bien, la influencia es bidireccional, puesto que también el niño afecta a la relación entre la pareja parental.

La transición a la paternidad es una experiencia estresante y la mayoría de los padres relatan un descenso en el grado de satisfacción respecto a las relaciones con la pareja. Se ha supuesto con frecuencia que el modo en que se realiza esta transición y la subsiguiente relación con el niño dependían estrechamente del grado de ajuste marital previo al nacimiento. Sin embargo, como descubrieron Belsky e Isabella (1988), la seguridad del apego de los niños se relaciona más con los cambios en la satisfacción de pareja en la fase de transición, que con el ajuste marital prenatal. Las madres de los niños clasificados como seguros e inseguros a los 12 meses no presentaron diferencias en el nivel de satisfacción previo al nacimiento y en ambos grupos se constató un descenso similar durante los tres primeros meses de la vida del niño. Sin embargo, a partir de este momento la insatisfacción siguió aumentando en las madres de los niños inseguros, mientras que en las madres de los niños seguros el nivel de satisfacción se estabilizó, encontrándose que este cambio en la relación de pareja se asoció estrechamente con variables de personalidad materna como la empatía y la estabilidad emocional.

En cuanto a la clase social, la asociación entre la sensibilidad materna y el tipo de apego del niño es más reducida en las muestras de clases sociales

Tabla 5.1 Porcentajes agregados de distribución de tipos de apego en distintos países

Países	Número de estudios	Evitativo	Seguro	Ambivalente
Alemania (R.F.)	3	35%	57%	8%
Gran Bretaña	1	22%	75%	3%
Suecia	1	22%	75%	4%
Holanda	4	26%	68%	6%
Israel	2	6%	64%	28%
Japón	2	5%	68%	27%
China	1	25%	50%	25%
EE.UU.	18	21%	65%	14%

muy desfavorecidas. Esto no quiere decir que la seguridad-inseguridad del apego se distribuya en función de la clase social, pero sí podemos suponer que la acumulación de estrés fruto de las condiciones de pobreza genere dificultades a la hora de mantener la sensibilidad y la interacción positiva, especialmente cuando el niño es irritable.

No podemos terminar este apartado sin considerar la influencia del contexto cultural cuyos efectos en el apego infantil han quedado de manifiesto en numerosos estudios. A modo de resumen, presentamos algunos de los resultados obtenidos por Van Ijzendoorn y Kroonenberg (1988) tras analizar la distribución de las clasificaciones de apego en 32 estudios de diferentes países. Los porcentajes expuestos en la tabla 5.1 se refieren a la suma de las muestras de cada país. Como puede observarse, el apego seguro es mayoritario en todos los países, aunque su incidencia oscila desde el 75 % en Suecia y Gran Bretaña hasta el 50% de China. Si nos centramos en los patrones de apego inseguro, comprobamos que el estilo evitativo es más frecuente en la cultura occidental, destacando Alemania, mientras que los porcentajes más elevados de apego ambivalente se encuentran en Japón, China e Israel. Hay que señalar, sin embargo, que las diferencias intraculturales fueron mayores que las diferencias interculturales, especialmente en Alemania y EE.UU.

En cuanto a la interpretación de estas diferencias, se pueden aducir razones relacionadas con el procedimiento o con diferencias culturales en el tipo de relación padres-niño. Teniendo en cuenta que la situación extraña fue diseñada para generar un cierto nivel de ansiedad en los bebés estadounidenses, podemos pensar que este procedimiento tiene un mayor significado de amenaza para los niños japoneses y los niños de Israel que para el resto; para los primeros, los episodios de separación pueden ser mucho más estresantes porque en la cultura japonesa los niños de un año no han vivido

